

”

Si quis non vult operari nec manducet”



El trabajo.

Ley eterna del hombre, ley sagrada
Porque la impuso Dios cuando clemente
Le plugo hacer un mundo de la nada,
Es la ley del trabajo; ley que impera
De la misma manera
Sobre la torca frente
Del obrero infeliz que con su mano
Pule el oro, el marfil ó la madera,
Que sobre el noble anciano
Que consumió su vida
En arrancar quizás un solo arcano
A la ciencia ignorada ó escondida.

La mano enaltecida
Del artesano y labrador honrado
Y del sabio la frente ennoblecida,
Del trabajo la altura nos pregonan,
Y de gloria inmortal y esclarecida
Sus obras los coronan.

¿ Quien lo osará negar? Los libros santos,
Del trabajo nos muestran la excelencia.
En morada de placidos encantos
Coloca la Divina Providencia
Al venturoso Adán, pero ya quiso
Que cual grato solaz de su inocencia
Cultivase su bello paraíso.

Mas tarde, infiel, de su Hacedor potente
Se apartó Adán y por su vil pecado,
En su abatida frente
La justicia de Dios dejó grabado
Decreto que al trabajo le condena;
Recuerdo de su pena
Que a sus míseros hijos ha legado.
Desde entonces, rendido

A esa inflexible ley que te encadena,
Come el hombre su pan humedecido
Por el sudor vertido
De su frente en la rústica faena.

¡ Llor pues al trabajo !
¡ Llor y bendición a la ley pia
Del Dios Omnipotente

Que sobre el hombre criminal no trajo
Un castigo mayor, cual merecía !

Bendiga, si, mi lengua reverente
La mano bondadosa

Del Dios justo y clemente,

Que quiso que el trabajo fuese pena
Y una gloria a la vez, que al hombre ensalza
Y al alma da la paz que la enajena.

Contemplad esa mano que se agita;

Ese brazo potente que levanta

Del suelo enorme peso;

Ese hombre que abstraéndose medita;

Esa mujer que surce su ropaje

Opreso por su mano;
¿No veis ahí la gloria del humano?
¿La conciencia no os grita
Con placido lenguaje
Que nadie hay que en el mundo no trabaje?

Mirad pues la mirada en torno vuestro
Y decidme si el mundo
Trabajo no es del Eterno Maestro
Que con saber profundo
Y con impulso diestro
Mundos sin fin formó creando el nuestro;
Si cuanto en él existe y os rodea
No es fruto bendecido
Del improbable trabajo y de la idea,
Y si algo conocéis que haya nacido
Sin que hijo del trabajo no lo sea.

El es quien corta el corpulento pino
Que en monte secular su copa eleva,
Y con su ayuda fiel se abre un camino
Sobre las ondas de la mar; quien lleva
A extraños horizontes la memoria
De ignota gente; él solo

El que entara la historia
Del viviente de un polo al de otro polo.
El, quien cubre á la tierra de primores
Con bondadosa mano
Haciéndola brotar frutos y flores
Deleyte del humano.
El, quien de su hondo seno
Arrebata esforzado su tesoro,
Y el árido terreno,
Por la industria minera,
Convierte en fuente de brillante oro.
El, busca codicioso
En el fondo del mar la perla presa
En concha nacarada;
El, arrebatado ansioso
El coral que al nacer abraza y besa
La roca de algas verdes adornada.
A su influjo potente
El mundo se transforma y se abrillanta
Y el hombre se agiganta
Hasta tocar el cielo con la frente.
Por él la chispa eléctrica se agita

Lanzándose á través de los espacios
A distancia infinita;
El, construye magníficos palacios
Con piedra secular que al monte quita,
Y ofrece á los mortales
Dominar al vapor; le fija leyes,
Y los hace del mar triunfantes reyes.

Mil máquinas en grato movimiento
Disienden por el mundo
Los frutos del humano entendimiento;
El portentoso invento
Del grande Guttemberg se hace fecundo
Y del trabajo la inmortal historia
Se ostenta desde entonces coronada
Con nuevos lauros de esplendor y gloria.

Al impulso divino
Del génio y del trabajo, los príncipes
De Rafael de Urbino
Hacen brotar del lienzo pruebas fieles
De un ingenio fecundo y peregrino

Rival del mismo Apeles;
Y el immortal escoplo
Movido por la mano
De Fidias y Praxiteles que alientan
Del genio al suave soplo
Da mas tarde su gloria a Alonso Cano,
A Céspedes, Roldan, Birago y Arfe,
Que con su ardiente y noble pensamiento,
Al insculpirlo en la materia hermosa
Le prestaron calor y movimiento
Del arte con la magia prodigiosa.
Junto a su gloria ostentan
La enseña del trabajo los que fueron
El honor de su tiempo y de su cuna
Y que su honrada vida consumieron
En la noble enseñanza o la tribuna;
E inspirados por luz esplendorosa
Vates sublimes que la historia acluira
Dieron gozes al alma generosa
En cada nota que vibró su lira,
Y Homero, Ovidio, Tasso, Milton, Dante
Con su ingenio gigante

Al hombre prestan celestiales consuelo
Al hundir sus miradas en el cielo.
Y génius inmortales
De ardoroso entusiasmo el pecho henchido
Hacen brotar raudales
De dulce melodía
Del seno inagotable del sonido
Si el gran Colón un día,
Tras noble lucha con la envidia impía,
De mi patria a los pies un mundo trajo,
Ese mundo fué el fruto apetecido
De su fé y su trabajo.

Mas no solo es el hombre
Quien trabaja en la tierra; el orbe mismo
Girando sobre su eje en el abismo
Del infinito espacio;
Los astros recorriendo eternamente
Sus órbitas de espléndido topacio
Trazadas por el dedo Omnipotente;
Las aguas agitadas
Por el pulso del mar, cuya corriente

Sus olas abultadas
O tranquilas humilla
A las secas arenas de la orilla,
El pulmon que aspirando se dilata
Y absorbe el elemento que le anima
Y arroja el elemento que le mata;
El latido constante
Del corazon, que no hay quien lo reprima,
Son trabajo incesante
Que enseña que es el mundo laborante.

El mismo Dios, en suma,
Al realizar la idea
De hacer surgir de la insondable nada
La creacion sublime y portentosa,
Encubierta al nacer por leve bruma,
Trabajo no escasea
Y seis dias en su obra magna emplea.
Con suave ternura
Abandona su trono soberano,
Y el que es la luz de la eternal altura
Cúbrese con la humana vestidura

Por salvar al mortal que lucha en vano
Y misero se agita
En brazos del error que le tortura;
Y elige como padre á un Belenita
Pobre, humilde artesano,
Y con la misma mano
Que vida un dia al universo diera
Labra y pule la mística madera,
Dando así con su ejemplo la enseñanza
Del trabajo y haciendo su alabanza.

¿ Que mas gloria pues ya? ¿ Quien indolente
Perezoso y villano,
Dará paz á la mano,
Al mirar esa aureola refulgente
Que rodea al trabajo eternamente?
¿ Quien será el que rendido
A la inercia mortal, abandonado
Al instinto fatal de la pereza,
Olvide la nobleza
Del fin á que se encuentra destinado?
¿ Quien, que su nombre ultraje

¿Sin que en nada se ocupe ni trabaje?

¡Sociedad! si a la sombra bienhechora
De esa ley obtuviste tu grandezca;
Si al castigo de Dios debes ahora
Tu progresiva altera;
Si en tu frente fulgura
La clara inteligencia
Precioso don de la alta Providencia;
Si anhelas alcanzar gloria y ventura
Y sobre tí hasta hoy aquel la atrajo,
Constante entregate con alma pura
A las nobles tareas del trabajo.